

*Y de pronto,  
el amor*

*Hilda Rojas Correa*



## Capítulo I

*Londres, 12 de mayo de 1841.*

En el 4 de Whitehall, Horatio Montgomery, inspector de la Policía Metropolitana —más conocida como la Policía de Peel o Scotland Yard—, se sentaba frente a su diminuto escritorio en su más diminuta y espartana oficina. Estaba cansado. Sacó su reloj de bolsillo y miró la hora. Su turno llevaba seis horas y faltaban seis más.

Se refregó la cara y desordenó sus cabellos ígneos y ondulados. Estaba harto.


«¿Cuántas veces debo insistir en que nadie toque nada en la escena del crimen?», bramó en su interior. Había tardado demasiado tiempo en hallar una pista que fuera provechosa, y ya se encontraba en un nuevo callejón sin salida para resolver esa ola de robos en Petticoat Lane.

Muchos de sus subalternos eran unos ineptos. Estaba seguro de que perdían evidencias preciosas por su negligencia; entraban en tropel, movían objetos, pisaban sin cuidado, no contenían a los curiosos...

Entendía que todos procedían de manera diferente, pero al no haber directrices claras, todo se volvía un estropicio en el lugar de los hechos. Por eso, agradecía cuando se encontraba con los antiguos agentes de Bow Street, quienes tenían más experiencia investigativa, mas no eran numerosos.

«Paciencia, Horatio, paciencia».

Se reclinó en su incómoda silla, que era muy estrecha para su tamaño. A la mayoría de sus compañeros les sacaba dos cabezas de altura. Lo malo



de medir más de seis pies era que, apenas iniciaba la persecución de un delincuente, delataba su presencia en la calle. Su uniforme azul tampoco le facilitaba la tarea, era un real incordio. La policía era mal vista en todas partes y pocas veces la gente colaboraba. Y con razón, ellos eran meros vigilantes, solo actuaban cuando el delito era flagrante. La investigación no era una prioridad, por lo que la impunidad estaba a la orden del día en aquellos casos donde no se contaba con los medios para contratar detectives privados. Lo que siempre perjudicaba a los menos favorecidos.

Miró de soslayo la pila de papeles correspondiente a informes que debía leer de sus subalternos. También debía redactar los propios. La parte aburrida de su ascenso. Resopló y se enderezó.

—A trabajar como esclavo —masculló tomando el primer documento.

No era una mera exageración; jornadas de doce horas, siete días a la semana, sin días de descanso, sin vacaciones. Y si quería tener unas semanas libres, debían ser sin goce de sueldo.

Golpearon la puerta de la oficina y esta se abrió. Horatio alzó la vista, era el sargento Lewis.

—Inspector Montgomery, una señora... perdón, mujer... dama...

—Decídase, Lewis. No tengo todo el día —espetó severo.

—Supongo que es una dama... creo —titubeó Lewis, nervioso. Llevaba poco tiempo como sargento de policía y no lidiaba bien con el trabajo administrativo, prefería estar en la calle. Además, el inspector le parecía intimidante; siempre se le veía serio y solemne, y no aceptaba errores estúpidos ni que desperdiciaran el tiempo. Esperaba habituarse a la imponente presencia de su superior, quería estar a la altura de su cargo y seguir siendo un aporte.

—Asumo que le preguntó el nombre a la visitante, Lewis.

—Sí, dijo ser la señorita Witney y solicitó una entrevista solo con usted.

—Hágala pasar, Lewis —ordenó Horatio, marcial y sin evidenciar su curiosidad. Conocía a tres señoritas Witney.

Eran sus primas y, efectivamente, eran damas. Se trataba de las honorables hijas del vizconde Rothbury, su tío político.

—Como ordene, inspector —dijo Lewis y salió raudo, cerrando la puerta tras de sí.

Horatio era un hombre ligado a la aristocracia, mas no pertenecía del todo a ella. Su padre, August, un abogado residente en Cragside, había enviudado cuando su esposa Agatha falleció dando a luz a gemelos; Justin y Horatio.

Cuatro años después, en 1818, el destino unió a August con su amor de infancia, Minerva, quien en ese entonces era la marquesa de Somerton. Ella tenía dos hijos; Frank y Ernest, y había sido abandonada por su esposo, el cual la dejó en la más vergonzosa miseria.

En ese entonces a August y Minerva no les importó el qué dirán, y comenzaron a vivir juntos en pecado. No obstante, macabros y escandalosos sucesos dejaron viuda a Minerva. Sin respetar el luto, se casó con August unos cuantos meses después de la muerte de su esposo y renunció a usar su título de cortesía.

Ambas familias se unieron formando un estrecho vínculo, en el cual la sangre no importaba; padre, madre e hijos. Y, con los años, tres integrantes nacieron de esa unión: Emily, Sophie y Eleanor.

A su vez, Minerva tenía dos hermanos menores; Margaret, duquesa de Hastings y Andrew, el vizconde Rothbury, quienes formaron familias numerosas.

Y ese era el motivo por el cual, durante toda su vida, Horatio se había codeado con marqueses, duques, condes y vizcondes.

Pero aquellas conexiones eran un arma de doble filo, así como le reportaban beneficios, también habían sido un estigma.

A sus espaldas sus colegas le llamaban peyorativamente «lord policía». Situación que empeoró tras su ascenso, en que el apodo cambió a «lord inspector». Para muchos ese era el siguiente paso lógico; los amigos y familiares aristócratas influyeron más en esa promoción que los méritos propios.

Tres golpes resonaron en su puerta. Horatio dio su venia, al tiempo que se ponía en pie para recibir a la misteriosa señorita Witney.

La puerta se abrió. Horatio sonrió.

Era Marian, la mayor de las tres señoritas Witney, pero que curiosamente era, de hecho, prima del vizconde Rothbury. Dada la gran diferencia de edad entre ellos —más de veinte años— y la fatalidad, fue criada y amada como hija desde los cinco años.

Con razón Lewis titubeaba tanto al intentar catalogarla; la apariencia de Marian era joven, pero ya era toda una mujer. Sus ademanes correspondían a los de una dama, pero su recatado vestido gris carecía de adornos, y no llamaba la atención. Ella no parecía ser aristócrata.

Horatio la conocía de toda la vida. No obstante, desde hacía un par de años, tenía la titánica tarea de fingir que ella no lo ponía nervioso. El motivo lo tenía muy claro, pero amordazaba a su mente y a su corazón para no ponerle palabras a esos sentimientos que ella provocaba.

—Así que se trataba de ti —apostilló Horatio a modo de saludo. Su arraigada educación de caballero le instó a dar una leve reverencia y, acto seguido, extendió sus manos para tomar las de Marian.

—Debiste haberlo adivinado —replicó con una sonrisa, sin soltar las manos de Horatio—. Soy la única que podría venir a este lugar.

—Pudo haber sido Florence —repuso, aludiendo a una de las hermanas menores de Marian.

—Sí, pero ella no habría podido venir sola. Mi condición de solterona me da una maravillosa libertad —argumentó Marian con ligereza, mien-

tras le daba una mirada apreciativa a Horatio. La sonrisa de ella se amplió más—. No te había visto con uniforme. Te queda bien el azul oscuro, combina con tus ojos.

—¿En serio? —Horatio frunció el ceño, extrañado, mas compuso su expresión con una sonrisa socarrona—. Es fácil, los ojos azules combinan con todos los colores —bromeó.

—¡Vaaaaya, cuánta humildad, inspector Montgomery!

—Lo difícil es combinar el uniforme con mi cabello.

Horatio le guiñó un ojo, soltó las manos de Marian y la invitó a tomar asiento frente a su escritorio, mientras él hacía lo mismo. Discreto, se secó el sudor de las palmas de sus manos en su pantalón. Agradeció al cielo que, por llevar guantes, Marian no lo notara.

—Y bien, ¿a qué le debo el gran honor de tu visita? —preguntó, poniendo los codos sobre la mesa y entrelazó sus dedos.

De inmediato, el níveo rostro de Marian se tornó sombrío. Con parsimonia, se quitó el oscuro bonete que la protegía de los elementos. Horatio notó cómo ella tomaba una honda respiración antes de decir:

—Necesito tu ayuda profesional.

Horatio asintió, mas no le sorprendió. Era obvio, no había otro motivo para la presencia de Marian en su lugar de trabajo. Sin embargo, un atisbo de decepción se instaló en su pecho.

—¿En qué puedo servirte? —indagó Horatio con voz monocorde.

—Han desaparecido tres internas de la academia —contestó Marian, sin recurrir a ninguna clase de preámbulo. Horatio la miraba fijo, conminándola a que continuara—. Estoy segura de que no se trata de deserciones; eso rara vez sucede. Quizás unas tres veces al año, pero no una vez al mes como ha ocurrido ahora.

De uno de sus cajones, Horatio sacó una libreta y un lápiz grafito, y comenzó a anotar.

—Cuéntame, ¿cuándo fue la última desaparición? Y detállame las anteriores —solicitó sin levantar la vista.

—La primera sucedió en marzo. Megan Coltman no regresó de su día libre. Todas las internas mayores de edad gozan de ese beneficio, las menores pueden salir con una de las patrocinadoras o algún familiar. Megan tiene veintidós años, no tenemos antecedentes de familiares cercanos. Salió y no regresó —relató Marian, al tiempo que su atención se extraviaba en las enormes manos de Horatio; la izquierda sujetaba la libreta sobre la mesa, la derecha escribía con rápida destreza. De pronto, todo sonido desapareció, parecía solo escuchar el lápiz sobre el papel.

Marian parpadeó para volver al momento.

—¿No se llevó nada consigo? —preguntó Horatio.

—No. Por eso sé que no se trató de una simple deserción. Ninguna de ellas está obligada a permanecer en la academia, la que quiere marcharse solo se va. Lo único que se les pide es que entreguen una carta expresando

su voluntad de partir.

Horatio dejó de escribir y miró a Marian a los ojos. Por un segundo se perdió en el tono zafiro que ella ostentaba. Se reprendió mentalmente por su distracción y procedió a preguntar:

—¿Eso lo saben las internas?

—Por supuesto, al ingresar a la academia se les entrega el reglamento institucional.

—¿Y qué pasa con las que no saben leer?

—Las normas se les dan y se les recuerdan constantemente de forma oral. Con el tiempo aprenden a leer. Megan sabía leer y escribir, y conocía el reglamento. Además, dejó todas sus pertenencias en la academia. Las jóvenes que se van se llevan todo.

—Bien. —Horatio anotó la información. Mientras lo hacía continuó con su interrogatorio—: ¿Por qué no denunciaron esta primera desaparición?

Marian suspiró. Horatio percibió en el aire cierto indicio de culpa y volvió a mirarla, la expresión de ella confirmaba su conjetura. Volvió a escribir.

—Lo tomé como una desertión impulsiva —respondió—. Eso también ha sucedido; la interna solo se va sin explicaciones, y al tiempo nos enteramos de que se casó o que volvió a su antiguo oficio.

Horatio sabía cuál era ese oficio.

La academia no era un simple internado. Era un lugar donde las mujeres que ejercieron la prostitución, que estuvieron en la cárcel, que enviudaron y quedaron en la pobreza o que eran madres solteras, podían estudiar y aprender un oficio. A quienes finalizaban sus estudios se les buscaba un trabajo digno con buenas perspectivas económicas.

Era difícil romper círculos viciosos, costumbres, o que ellas mismas creyeran en sus capacidades, por lo que algunas renunciaban a la oportunidad que les entregaba la academia.

—Supongo que pensaste lo mismo con la segunda desaparición —apuntó Horatio.

—Pasó algo similar. Esa vez fue Daisy Michaels, pero una interna aseguró que se fugó con un marino.

—Por lo que rápidamente fue catalogada como una nueva desertión —conjeturó Horatio.

—Así es, y no hemos sabido nada más de ella... Después, hace unos días, Regina Robertson hizo su salida dominical. Esperé a que volviera el lunes; a veces a las internas se les hace tarde y se les aconseja que es preferible que se queden en un lugar seguro antes de arriesgarse a salir de noche. Cuando sucede eso, la gran mayoría regresa a la mañana siguiente.

Un breve silencio se cernió en el ambiente. Horatio terminó de hacer sus anotaciones y su atención volvió a Marian. Ella se arreglaba un rebelde mechón de cabello rubio que había salido de su confinamiento; un sobrio

recogido. A su memoria volvió un recuerdo lejano, él acariciaba esos mismos cabellos, consolándola, sintiéndose de lo peor por ser el portador de nefastas noticias. Parecía que ella no lo recordaba, pero no era la primera vez que lo veía con uniforme.

«Lamento mucho informar que hallamos sin vida el cuerpo de lord Stanbridge».

Siete años habían pasado y Horatio todavía podía escuchar el desgarrador llanto de Marian. Solo faltaba un mes para la boda.

Ella no volvió a ser la misma.

—¿Las grandes damas saben de esto? —interrogó, aludiendo a quienes fundaron la academia; Olivia, la madre adoptiva de Marian; Minerva, la madrastra de Horatio; Margaret, la tía de ambos; y otras damas influyentes.

—Siempre las mantengo al tanto, pero no de este último caso. — Dudó por un momento antes de añadir—: No quiero informarles nada de esta situación sin decir que no agoté todos mis recursos. No deseo que mi desempeño como directora, o el funcionamiento de la academia sea puesto en tela de juicio.

—Entiendo. —Y vaya que lo entendía, él también estaba sometido a esa presión—. ¿Crees que los tres casos estén conectados?

—Quisiera creer que no, pero todos coinciden con la salida dominical.

—Eso no establece un patrón. —Se levantó. No le importaron los informes, los revisaría después—. Sin embargo, quisiera investigar más a fondo y recabar toda la información que tengas de quienes desaparecieron y, si es necesario, interrogar a las internas.

—¿Ahora?

—Supongo que has venido porque necesitas que me ponga a trabajar en ello de inmediato.

Marian abrió la boca, sorprendida. Pensó... pensó que Horatio no le daría tanta importancia, que quizás le diría que sus inquietudes eran simples exageraciones femeninas. Había ido porque recurrir a la policía era su última alternativa.

Se levantó de la silla y se puso su bonete... Había olvidado que ese hombre era un Heredero del Diablo, uno que actuaba y pensaba muy diferente a los demás.

Ascaroth fue su alias durante sus años de estudio en Eton, el demonio que protegía a los espías y delatores. Coincidió muy bien con su actual ocupación. Horatio fue una especie de oveja negra en su familia; en vez de dedicarse a las leyes o a los negocios, optó por una carrera en la Policía Metropolitana, institución que todavía estaba en desarrollo. Nadie se opuso a su decisión, pues asumieron que no duraría mucho. Pese a ello, Horatio, a sus veintisiete años, ya llevaba ocho como policía, y se acercaba al primer aniversario de su ascenso como inspector.

Marian siempre pensó que él era demasiado inteligente para ser solo

un policía. Pero en ese momento, recién entendía que eso era precisamente lo que necesitaba aquella institución. Un hombre decidido y sagaz, que llegaba hasta el final.

—¿Marian? —insistió Horatio. Ella dio un leve respingo.

—Sí, es importante que me ayudes en esto —respondió.

Horatio abrió la puerta de su oficina e instó a Marian a que saliera primero.

—En primer lugar, iremos a la academia —anunció él cerrando la puerta tras de sí—. Mi mentor siempre me decía: las primeras horas de un caso son vitales para resolver un misterio.

—Espero que esto no tome demasiado tiempo —repuso Marian—. Solo deseo saber que están bien, quiero que sepan que, al menos, una persona se preocupa por ellas.

—Nadie dirá que no lo intentamos.

Intempestivamente, Marian se detuvo y dio media vuelta. Su nariz quedó a medio palmo del pecho de Horatio, el cual desprendía un aroma familiar, que ella no supo identificar si era jabón o perfume, mas le hizo evocar la vitalidad de los veranos en los que sus familias se reunían. Jadeó y retrocedió un paso.

—¿Pasa algo, señorita Witney? —preguntó Horatio. Marian lo miró extrañada, pero pronto cayó en la cuenta de que, al estar fuera de la privacidad de la oficina, debía guardar distancias.

—Inspector Montgomery... Sí, perdón... —Hizo un gesto y Horatio se inclinó. Marian bajó el tono de su voz y preguntó discreta—: ¿Existe la posibilidad de que prescindas de tu uniforme?

—¿Por qué? —cuestionó, imitando el tono.

—No quisiera ofender, pero las internas no tienen buena opinión de los policías y eso puede dificultar su labor.

Horatio se irguió. Sin decir media palabra, entró a su oficina. Diez segundos después, salía portando un maletín.

—Señorita Witney, ¿ha venido en carruaje?

—Por supuesto... Sígame, por favor.





